

Capítulo 583 La Muerte de Asgard: Parte I

"¡SIF!"

Abaddon saltó del árbol y se apresuró a atrapar el cuerpo de Sif, justo cuando ella comenzaba a caer al suelo.

El tiempo parecía correr en cámara lenta, mientras él la bajaba suavemente hasta dejarla boca arriba.

Sus ojos seguían yendo de un lado a otro, entre el gran agujero en su pecho y la luz fugaz en sus ojos azules.

La sorpresa era evidente en su rostro, pero al menos estaba consciente de su presencia en ese momento.

Ella intentaba con todas sus fuerzas hablar, pero ninguna palabra salía de su boca.

Sin embargo, podía leer los movimientos de sus labios bastante bien.

'Lo lamento...'

Una situación tan horrenda como aquella nunca le había hecho querer reír tanto.

Abaddon exhaló profundamente; emitiendo una ola de Aether desde dentro de sus pulmones.

El color regresó lentamente a las mejillas de Sif, a medida que el agujero en su cuerpo se cerraba gradualmente.

Pero Abaddon no podía apartar la vista del área donde había sido golpeada, sin importar cuánto lo intentara.

Sif era una diosa menor.

No hizo falta mucho para matarla desde el principio.

Pero la cantidad de poder que la empaló, fue como usar un lanzallamas para deshacerse de una mosca.

¿Quién querría dañar a alguien como ella de esa manera?

"Tengo que saber... ¿Disfrutaste mis sobras o no te dejé suficiente carne en el hueso...?"



Thor se acercó a la puerta borracho, pero inteligentemente permaneció del lado seguro.

Su brazo izquierdo era un desastre hecho jirones, con solo unas pocas tiras de tendones que lo mantenían unido.

Pero fue su otro brazo el que rompió el corazón de Abaddon de una manera que no sabía que fuera posible.

Thor sostenía a Camazotz por una de sus grandes orejas caídas, antes de dejarlo caer a sus pies; inmóvil.

El rostro del dios murciélago, que siempre había sido criticado por ser feo, parecía haber sido destrozado repetidamente por un objeto contundente.

Uno de sus ojos estaba completamente destrozado y el otro colgaba flojamente de su cuenca, y todos los dientes de su hocico habían sido arrancados.

Los recuerdos pasaron por la mente de Abaddon.

Una de las extrañas mascotas que se había convertido en el querido compañero de su hija, y un rostro amigable y positivo, a pesar de la forma en que Abaddon tendía a tratarlo.

Fue en ese momento cuando se dio cuenta de que nunca antes le había oído quejarse de nada.

'Mi querido amigo... lo siento muchísimo.'

"¡Idiota!"

Michael apartó a Thor de la puerta, agarrándolo por el cabello, y trató de salvar el desastre en que se había convertido todo el asunto.

"No se suponía que debía hacerle daño, Tathamet. Ahora no es él mismo..."

—¡Vete a la mierda, paloma! —Thor le dio un fuerte empujón a Michael y escupió a sus pies—. ¡No estoy de humor para que hables por mí ni para que me expliques mis acciones! ¡La puta debería haber muerto como traidora, por todo el fango que ha arrojado sobre mi honor!

Thor no estaba tan borracho como para no saber cuán grande era la brecha de poder entre él y Abaddon.

Pero para él, no importaba.

Abaddon no podía cruzar el umbral para hacerle daño de ninguna manera.

Invocar al señor supremo del abismo no es de ninguna manera algo fácil de hacer.



Primero deben cumplirse varias condiciones casi imposibles.

Energía de la muerte de no una, sino 777 estrellas masivas en sincronización (todo sin interferencia mágica o divina). Varios millones de sacrificios de aquellos con almas impuras; que consisten en dioses, monstruos y humanos por igual; y algunas estipulaciones más pequeñas agregadas a la mezcla también.

La única forma de que Abaddon o sus ejércitos se muevan libremente y ejerzan todo su poder, sin cumplir esas condiciones, es si están tratando de volver a sellar un horror sobrenatural.

Como esta información ya se había difundido entre los dioses, como un reguero de pólvora, el dios del trueno estaba considerablemente menos asustado.

Y el coraje líquido que corría por sus venas sólo empeoró su comportamiento.

—Debo decir que te pago de verdad, cabrón. Si supieras dónde metió la boca, ni siquiera pensarías en...

"¡Ya es suficiente, Thor!"

-¡No hables por mí, pájaro!

Mientras Miguel y el dios del trueno discutían inútilmente, Odín apareció detrás de ellos e inspeccionó la puerta cuidadosamente.

"Qué magia espacial tan única... He visto cosas así antes, pero nunca en un lugar tan volátil como el Gran Abismo. Llegar y salir de lugares como ese no se supone que sea fácil".

"..."

—Es una lástima, ¿no? Con todas estas comodidades, ni siquiera puedes venir tú mismo. Por eso creo que... ahora podría ser el momento de hacer algunas negociaciones... A menos que el creador de dragones sea tan despiadado que no tenga ningún interés en estos ayudantes suyos.

A través de su cortina de cabello de dos colores, Abaddon podía ver a todos sus espectros que estaban atados, y a Zheng, que todavía estaba tendido en el suelo, demasiado avergonzado para mirarlo a los ojos.

Abaddon levantó a Sif en sus brazos y se la pasó a Nubia con mucho cuidado.

Ella no miró a su padre y no lo escuchó hablar, pero de alguna manera sabía lo que él quería que hiciera.

'Llévala abajo... Y dile a tus madres que yo...'





Nubia no podía ver el rostro de su padre a través de su cabello, pero podía ver el brillo de sus ojos, que eran lo suficientemente brillantes como para avergonzar al sol.

Abaddon apenas le tocó la mejilla con las yemas de los dedos, antes de darse la vuelta.

En ese momento, Nubia quedó petrificada, al darse cuenta de que no podía sentir nada de su padre.

Sus habilidades empáticas eran tan fuertes, que no había criatura sensible que ella no pudiera leer o comprender.

Pero su padre... era casi como si no quedara nada.

Abaddon comenzó a caminar hacia la puerta con pasos sombríos y pesados.

Odín lo observó acercarse con una calma regia.

Por todo lo que había oído sobre Abaddon, sabía que no dejaría a sus subordinados en Asgard así.

Dándole a Odín la ventaja de hacer exigencias, o mejor aún, forzar al dragón a una situación desfavorable.

Sin embargo, algo extraño ocurrió en ese momento.

Abaddon se estaba acercando extrañamente.

Demasiado cerca para ser cómodo.

Odín dio un paso atrás, vacilante, mientras levantaba una ceja, solo para que Abaddon siguiera moviéndose.

En un momento determinado, Abaddon llegó al umbral de la puerta, mientras Odín había bajado completamente del pórtico.

Incluso Thor y Michael habían dejado de discutir, mientras Uriel miraba con horror.

"...No te atreverás."

Si Abaddon hubiera estado en su sano juicio, se habría reído ante su estupor.

Pero hoy no estaba de humor para reír.

Abaddon movió un pie a través del umbral.

Inmediatamente, el cielo se oscureció, como si fuera plena noche.



Un trueno demoníaco retumbó por todo el reino, mientras rayos de color rojo oscuro caían del cielo.

Una barrera de color púrpura brillante parecía haberse formado en la puerta entre Asgard y Tehom; diseñada únicamente para recordarle a Abaddon que se mantuviera alejado.

Pero él siguió adelante de todos modos.

Empujar su cuerpo a través de la barrera fue como pasar por un rallador de queso, pero sin el frío alivio que ello conlleva.

Sentía como si su cuerpo se desgarrara en millones de pedazos a cada nanosegundo y solo se reconstruyera cuando cruzaba al otro lado.

Pero él nunca gritó.

Abaddon continuó empujándose más allá de la barrera, hasta que ambos pies estuvieron firmemente plantados en Asgard.

"Eh...? ¡Se encogió!"

Thor no estaba alucinando por el hidromiel, Abaddon de hecho se había encogido un poco.

Desde su habitual altura de 7'6, había vuelto a su antigua altura de 6'5.

Su cuerpo había vuelto a su apariencia humana, menos las gafas. Su pelo corto había recuperado su famoso color rojo y los tatuajes que le recorrían la nuca eran negros una vez más.

Los cuernos en su cabeza eran mucho más cortos de lo normal, y sus ojos tenían tres anillos, uno rojo, el otro morado y el último dorado.

Sin embargo, sus cambios no fueron sólo físicos.

La diferencia en su poder era enorme.

Su poder mágico, anteriormente infinito, estaba prácticamente agotado y probablemente tomaría horas regenerarse antes de que pudiera lanzar un solo hechizo.

La fuerza física que era casi inconmensurable, había vuelto al nivel de un dios menor, como máximo.

No podía invocar a un caminante del abismo incluso si llamara un Uber, y sus inmunidades elementales se habían reducido a anulaciones parciales.

Ser reprimido a la fuerza de esta manera, fue literalmente una de las experiencias más incómodas que Abaddon había experimentado en su vida.





Fue como tener gripe, resaca y migraña crónica mientras me sometía a quimioterapia.

Pero Abaddon no estaba en absoluto indefenso.

Todavía conservaba el amor de los elementos y sus propios pecados de dragón completamente intactos y sin diluir.

Para él, eso era más que suficiente.

Se arrodilló junto a un Camazotz caído y se estiró para tocarlo, antes de darse cuenta de que tal vez estaría sufriendo demasiado dolor para eso en ese momento. —Zheng, ¿te importaría...? —Cuando Abaddon finalmente habló, no sonó ni se sintió como siempre.

Zheng, que no estaba acostumbrado en absoluto a ver a su amo comportarse de forma diferente a sus bromas habituales, estaba aterrorizado.

Se llevó a sí mismo y a las 25 lunas espectrales hacia su sombra antes de unirse a Abaddon y esconderse.

—No lo puedo creer... Fuiste tan atrevido como para venir aquí —dijo Michael asombrado.

Abaddon extendió sus manos y dos armas, hechas de metal negro de pesadilla aparecieron en sus manos.

En su mano izquierda había una gran espada, y en su mano derecha una lanza larga.

“Asherah, perdóname... porque saquearé este reino hasta convertirlo en cenizas, aunque me cueste todo”.

